

# La Etapa del Dictador Multiplicado

por Sebastián Salazar Bondy

Esta época es, para los peruanos, de aprendizaje, de ello no cabe duda. Y es, por eso, de tanteos, vacilaciones y tropiezos. ¿Qué aprendemos? Aprendemos a vivir en la democracia, es decir, en la responsabilidad. Y no se trata de un modo fácil de vivir. Dentro de los regímenes dictatoriales —de izquierda o de derecha, da lo mismo— no hay problema: se ordena al ciudadano hacer esto o aquello, y el ciudadano hace esto o aquello. No es libre y, por ende, no es responsable. La responsabilidad de los actos —como sucede en el ejército— recae sobre el jefe que dicta la disposición. Así, trasladado el sistema militar, eficaz sólo en la vida castrense, a la vida pública y civil, el pueblo existe como bajo el efecto de una droga que adormece la voluntad y mata el vigor de la iniciativa, esa fuerza bullente que crea porque crear es ser de verdad. De pronto, nos hemos liberado de ese peso y hemos comenzado a echar las bases, que queremos sean definitivas, de la total democracia, o sea, de la libertad con responsabilidad. Y ahí estamos dando los primeros pasos —los que debemos dar hace más de cien años— en ese pararnos nosotros nuevo rumbo.

Es un aprendizaje difícil, repetimos. Tan difícil que los errores y fallas del aprendizaje suelen ser atribuidos a la doctrina y su esencia, no a los individuos que la encarnan, como si la existencia de malos edificios o máquinas defectuosas no se debiera a yerros de los técnicos que los hicieron sino a la técnica misma, a la teoría y la práctica que la sustentan. Entre las deformaciones que impiden a la mayoría de los peruanos asumir definitivamente la democracia está el rescolido



del mal ejemplo que dejaron los dictadores. Eliminamos al último dictador, pero como hasta hoy sólo hemos tenido, salvo lapsos brevísimos, modelos dictatoriales, cada uno de nosotros piensa que la democracia es un sistema en el cual el dictador único es reemplazado por miles de dictadores, por tantos como ciudadanos ejercen sus derechos. Más aún si esos ciudadanos poseen función directriz en la política o los organismos representativos de la sociedad. ¿Qué es un parlamentario? Un dictador. ¿Y un presidente de sindicato o federación? Un dictador. ¿Y un jefe de sección ministerial? Un dictador. ¿Y un político de la oposición? Un dictador. ¿Y un dirigente de partido? Un dictador. ¿Y un juez? Un dictador. ¿Y un automovilista? Un dictador. ¿Y un mendigo? Un dictador. ¿Y un rentista, un asalariado, un estudiante, un profesor, un transeúnte, un geren-

te, un vendedor, un cliente, etc.? Unos dictadores. Ni siquiera los periodistas, ay, estamos exentos de esta curiosa vocación impositiva.

Todos los días los conflictos que salen a la luz pública, los cuales debieran debatirse dentro de un espíritu de cooperación conciliatoria, nos muestran que cada polo se quiere mantener a todo trance en su lugar, sin ceder un ápice. Y lo más grave es que la mayoría de aquellas posturas radicales obedecen a intereses y no están dispuestas a sacrificar nada en homenaje al acuerdo que debe prevalecer en toda comunidad que tiene un sentido. Hemos terminado con el dictador único y, en cambio, hemos multiplicado el espíritu dictatorial por el número de habitantes del país. ¿Es esto la democracia? Tajantemente se puede responder que no. En la base de la democracia está la cooperación, la solidaridad, el entendimiento tolerante, pues ella siempre apela a la razón y a la conveniencia general que no destruye los derechos de nadie. Y apela al deber de cada cual con relación al resto. El caudillo absolutista sale al balcón y remueve los odios de la muchedumbre, y en tanto se apoya en ella, la castiga con su capricho. Las ruinas humeantes de Alemania dijeron, hace unos años, a qué extremos terribles puede llevar la adulación de la masa unida a la arbitrariedad de un solo hombre.

Estos años de ensayo democrático nos tienen que conducir a la convicción de que hay que terminar con toda forma de absolutismo: el unipersonal y el pluripersonal. Aquél, que todo lo sujeta a la voluptuosa y variable decisión de un mandón intransigente, y éste, que todo lo detiene en el conflicto insoluble y el choque de propósitos individuales o de grupo. La democracia será alcanzada al fin y será, gracias a nuestra propia y difícil experiencia de hoy, la unidad dentro de la variedad, el progreso para todos dentro de la libertad responsable ejercida por todos.